

sión literaria en el siglo diecinueve cuando, en cuanto género literario, acompaña y refleja la expansión del nacionalismo europeo inspirado por la Revolución Francesa. Son las monarquías centralizadas las que, al dar a las gentes un solo gobierno y eliminar el feudalismo, hacen posible que surja el concepto de nación; o sea, individuos cuya identidad yace en el hecho de pertenecer a un grupo mayor de personas a las que las une algo en común: se trate de la historia, el idioma, o la religión, como de la participación de todos por igual en las actividades de un territorio determinado.

La novela europea de los primeros años del siglo diecinueve, estrechamente vinculada a la ideología del Romanticismo y del Liberalismo, logra, como otras antes en el siglo dieciocho, captar las características más sobresalientes de su época con un realismo osado y penetrante. No obstante, lo que diferencia la novela pos-napoleónica de las obras de Fielding, Sterne y Defoe, es la nueva preocupación con, y dedicación a, la realidad social propia. El interés por, y el análisis de, las particulares características del momento van cobrando popularidad a medida que el concepto de nación es adoptado por los sectores más amplios de la población.

La novela, entonces, es el género literario empleado por los ciudadanos de las nuevas naciones para explorar y definir, inclusive luchar por una identidad nacional que nace.

En el Nuevo Mundo tiene lugar un desarrollo paralelo. Por toda Latinoamérica, y en especial en el Caribe, la novela es adoptada con el propósito de expresar y consolidar la identidad nacional<sup>7</sup>.

La novela caribe comienza con las narrativas que aparecen en Cuba entre 1837 y 1841; libros empeñados en retratar la esclavitud y la sociedad del latifundio cubano. Es la primera vez que un importante cuerpo de obras es producido cuyo sujeto, como su objeto, pertenecen a la realidad inmediata. Su propósito, fomentar el desarrollo del concepto de nación<sup>8</sup>.

*Francisco* (1839), por Anselmo Suárez Romero, es la primera de muchas novelas de protesta en contra de la esclavitud<sup>9</sup>; *Sab*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, aparece en 1841. Al mismo tiempo, Juan Francisco Manzano, un esclavo libertado, compone una autobiografía extraordinaria<sup>10</sup>, y Pedro J. Morillas produce un relato en el que se da cuenta de la persecución de esclavos fugitivos. Cirilo Villaverde escribe la primera parte de *Cecilia Valdés* en 1838 (la segunda parte se publicaría en 1882 en Nueva York, durante el exilio del autor). También en esa época escribe Ramón de Palma la primera narrativa «indianista»<sup>11</sup>.

<sup>7</sup> Véase JEAN FRANCO, *An Introduction to Spanish-American Literature* (Londres, 1969), p. 59.

<sup>8</sup> El presente artículo se ocupa únicamente de las manifestaciones iniciales de la novela nacional en el Caribe. El desarrollo del género en Puerto Rico y la República Dominicana durante el siglo diecinueve, por ejemplo, se examina en mi estudio completo.

<sup>9</sup> Se publica recién en 1880, en Nueva York.

<sup>10</sup> *The Early Life of the Negro Post* (Londres, 1840).

<sup>11</sup> Pasada la ráfaga inicial de producción, la actividad literaria decae hasta después de 1880, cuando la lucha por la independencia le proporciona un nuevo ímpetu. La merma en la actividad cultural (1844-1880) se debe a tensiones internas en la forma de rebeliones de esclavos, represiones brutales, y la primera guerra por la independencia que habría de durar diez años. Véase AMBROSIO FORNET, *En blanco y negro* (La Habana, 1967), pp. 15-17.

No se trata simplemente de una casualidad que semejante explosión de producción novelesca —la primera en su línea en toda la región— haya *coincido* con la existencia de un extenso sistema de latifundios en la economía cubana.

Todas esas obras constituyen invectivas en contra de la institución de la esclavitud (en nada sorprendente por cuanto parte del movimiento abolicionista había ido abriéndose paso rápidamente en la Cuba de la época), empeñadas en retratar el sufrimiento de los esclavos en las plantaciones además de la crueldad arbitraria y la conducta bestial de los amos. No es la conducta británica de los españoles la que les interesa<sup>12</sup>; su preocupación fundamental la comprende la situación doméstica del momento: los responsables del tratamiento inhumano de los esclavos no son europeos sino otros cubanos —elementos de la «plantocracia» (aristocracia latifundista) cubana opuestos a la abolición de la esclavitud.

Durante las primeras décadas del siglo diecinueve, la oligarquía de terratenientes cubanos se encontraba dividida en dos campamentos opuestos en cuanto a la cuestión de la esclavitud y de la independencia. Un grupo reconocía que la independencia de España les aportaría grandes beneficios en el ámbito de la economía, mas dudaba de su propia capacidad para crear instituciones y un mecanismo de seguridad capaces de controlar a un número tanto más superior de negros en el supuesto de que los españoles abandonaran el área. La monarquía española, temerosa de perder el control que ejercía sobre la plantocracia local si se abolía la esclavitud (seguida, forzosamente, de la independencia), brindaba su apoyo incondicional al grupo.

Los autores de las primeras narrativas, a excepción de Juan Manzano, representaban la segunda tendencia entre los latifundistas: solamente cuando se hubiera eliminado la esclavitud y obtenido la emancipación podría Cuba avanzar económica y culturalmente. Inspirados por las ideas liberales de José Antonio Saco (1797-1879) y de sus contemporáneos<sup>13</sup>, Suárez Romero, Morillas y Villaverde pertenecían al grupo de aquéllos que se daban cuenta (entre 1820-1830) de que la institución de la esclavitud se estaba volviendo arcaica —nuevas máquinas habrían de alterar el método de producción del azúcar (se había inventado ya el motor a vapor), mientras que el tráfico legal de esclavos ya había sido declarado fuera de la ley en 1817. Esta facción de los terratenientes se consideraba una entidad bien distinta de España y al margen de sus intereses; eran nacionalistas cubanos dedicados a la creación de una nación independiente, conscientes de que ésta no podría lograrse si no se abolía antes la esclavitud. Era preciso primero asegurarse del apoyo de cientos de miles de esclavos, para después poder ganar la lucha contra la dominación española.

Las novelas son el resultado de la inmersión de los autores dentro de la realidad cubana, y de su participación en la contienda nacional. *Francisco* fue concebida en un comienzo como un documental social con el objeto de conseguir el apoyo de los abo-

---

<sup>12</sup> Este se convierte en tema favorito de las novelas indianistas que abundan en la veintena de años de ahí por 1880 hasta bien después de 1890 —época en que es preciso un sentimiento nacionalista unido contra los españoles durante la segunda, esta vez exitosa, guerra por la independencia.

<sup>13</sup> Dos sacerdotes cubanos en particular, José Agustín Caballero (1762-1835) y Félix Varela (1806-1863), son mayormente responsables de la propagación de las ideas de Bacon, Locke y Condillac en Cuba.

licionistas ingleses<sup>14</sup>. Recién después, lo que empezara como una sistemática recopilación de acontecimientos es convertida en una obra de ficción. En *Cecilia Valdés* encontramos, además de una fuerte condenación de la esclavitud dirigida a acezar la indignación pública, el examen de cierta pauta en el orden de las relaciones raciales entre mulatos libres y blancos que pasaría a ser uno de los temas favoritos de las novelas del Caribe en los próximos ciento cincuenta años<sup>15</sup>. En *Sab*, Gertrudis Gómez de Avellaneda, siendo ella misma hija de un terrateniente, hace una apasionada súplica por que se ponga fin a la degradación de la humanidad. «Los esclavos arrastran sus cadenas con paciencia; mas para romperlas tal vez lo único que necesitan es escuchar una voz gritando, «Sois hombres»,... Cuando me case, no habrá a mi alrededor ningún infeliz que respire el aire empozoñado de la esclavitud»<sup>16</sup>.

A fin de comprender por qué el género novelístico del Caribe surge precisamente en Cuba por ahí por 1830, se debe primero examinar la historia de la política colonial europea en el área.

En el comienzo... Colón promete a los Reyes Católicos, arcas colmadas de oro y de incalculables riquezas de sus viajes al Nuevo Mundo. Mas cuando para 1502 no había producido más que la sujeción de la población indígena de La Española (los aravacos) y una colonia española que no contaba más de trescientas almas, la Reina Isabel efectúa un cambio decisivo en su política colonial: la empresa semiprivada (Colón) es abandonada a favor de una altamente centralizada política de colonización e inmigración controlada por el gobierno. La Reina envía a Nicolás de Ovando, acompañado de unos 2.500 españoles, a reforzar el dominio de España en el Caribe. Se aspiraba a reproducir un microcosmos de la sociedad española: exclusivamente católica (libre de moros, judíos, protestantes, gitanos), ortodoxa, y castellana.

Si bien no se consigue la pureza racial o religiosa, Ovando efectivamente logra establecer una sociedad *de colonos* de habla hispana en el Caribe, más notablemente en La Española. Familias enteras llegan de España con objeto de recrear la experiencia europea en el Nuevo Mundo, además de un sinfín de sacerdotes; los indios nativos son convertidos o ejecutados. En buenas cuentas, Ovando triunfa donde Colón había fracasado.

Sin embargo, la explotación del oro por parte de España acarrearía consecuencias desastrosas para la población india. En pocos años los colonos españoles enfrentaban una grave crisis de mano de obra, y se iniciaba, así, el tráfico de esclavos a las nuevas colonias. Para 1530, los cargamentos de esclavos con destino al Caribe son ya un caso frecuente. Unos escasos cincuenta años después se manifestaría uno de los efectos más sorprendentes de la política colonial de los monarcas españoles: la aparición de un nue-

---

<sup>14</sup> Véanse el prólogo y las notas por Mario Cabrera Seguí en la edición de *Francisco* de 1947, publicada en La Habana.

<sup>15</sup> Cecilia Valdés es una mulata que repudia el amor de José Pimienta, un mulato libre, para convertirse en la amante de Leonardo, un criollo blanco que por último la abandona para casarse con una mujer de su misma clase y color. El rencor de Pimienta viendo a blancos disfrutar de privilegios vedados a los mulatos, le lleva a matar a Leonardo en el momento en que éste se disponía a casarse.

<sup>16</sup> GOMEZ DE AVELLANEDA, *Sab* (París, 1920), pp. 75-76; 21.